

JOHN CONNOLLY
JENNIFER RIDYARD



CONQUISTA

LAS CRÓNICAS DE LOS INVASORES I



JOHN CONNOLLY
JENNIFER RIDYARD

CONQUISTA

LAS CRÓNICAS DE LOS INVASORES I

Traducción de Vicente Campos

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Conquest. The Chronicles of the Invaders I*

1.ª edición: octubre de 2015

© Bad Dog Books Ltd and Jennifer Ridyard, 2013

© de la traducción: Vicente Campos González, 2015
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-174-1
Depósito legal: B. 17.938-2015
Fotocomposición: Moelmo, S.C.P.
Impresión: Romanyà-Valls, S.L.
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Al principio fue el agujero de gusano. Brotó como una rara flor en las lindes del sistema solar, empujando a Plutón en tamaño y majestuosidad. Era hermoso: la teoría se había hecho realidad. Una vez descubierto, los ojos de la Tierra se concentraron en él y el telescopio espacial *Walton* se reorientó para estudiarlo más de cerca. Al cabo de unos días, las imágenes llegaban a la Tierra.

Lo que el *Walton* reveló era una especie de abultamiento en el espacio, igual que si le hubiera salido una ampolla con forma de lente al tejido del universo. Como comentó un científico, para incomodidad de sus colegas, casi parecía que la humanidad estuviera siendo estudiada a su vez. Las estrellas que se desplegaban más allá del agujero se veían distorsionadas y levemente descentradas, un efecto que se explicaba por la inmensa cantidad de energía negativa necesaria para mantener abierto el agujero de gusano. A lo largo de su borde brillaba una luz intensa que se atenuaba hacia el centro, oscuro, como una pupila que no pestañeara, y por eso los periódicos empezaron a referirse a él como «el Ojo en el espacio».

En cuanto hubo pasado la emoción inicial del descubrimiento se plantearon preguntas inquietantes. ¿Había estado siempre ahí?, y, de ser así, ¿por qué nadie lo había visto antes? Al parecer, la respuesta era que el Ojo no se había abierto hasta entonces. Pero, en ese caso, ¿por qué se abrió justo en ese momento?, ¿se trataba de un fenómeno natural o acaso de algo más siniestro?

Los primeros años del siglo XXI todavía no habían ofrecido ningún indicio de que la humanidad no estuviera sola en el universo. Poco después del descubrimiento del agujero de gusano, los seres

humanos recibieron la prueba concluyente de que el universo estaba más poblado de lo que habían imaginado jamás.

Una flota surgió del Ojo, una gran escuadra de naves plateadas, gráciles y elegantes, que se desplazaron imparables hacia el pequeño y lejano planeta azul a velocidades que escapaban a la comprensión humana.

Y los habitantes de la Tierra las vieron acercarse, a ritmo constante, sin hacer ruido. Se intentó contactar con las naves, pero no hubo respuesta...

Se propagó el miedo, por no decir el pánico. Se hablaba del fin del mundo, de su destrucción inminente. Estallaron disturbios que paralizaron las grandes ciudades, y hubo suicidios en masa de seguidores de los cultos religiosos más extremos, convencidos de que sus almas serían acogidas, como por arte de magia, en las naves espaciales que se aproximaban.

Pero dondequiera que acabaran sus almas, no fue en aquellas naves.

La flota se detuvo en los alrededores de Marte, y la Tierra se mentalizó para hacer frente a un ataque inminente. Algunos corrieron a esconderse en búnkeres, otros buscaron refugio en estaciones y redes de metro, o se ocultaron en cuevas. Esperaban explosiones y devastación, pero nada de eso se produjo. Sin embargo, las instalaciones y sistemas tecnológicos de la Tierra empezaron a fallar: la electricidad, el gas, el agua, las comunicaciones, todo fue atacado simultáneamente, sabotado por sus propios ordenadores, pero de un modo deliberado y discriminando los objetivos: los sistemas de defensa nacionales dejaron de funcionar, pero no los hospitales; los aviones de combate caían al suelo, mientras que los vuelos comerciales aterrizaban intactos. Una fuerza exterior se había hecho con el control de todo, una fuerza que parecía ir con cuidado para evitar más bajas de las estrictamente necesarias. Aun así, hubo muertes.

Los generales de la Tierra avisaron de que el verdadero ataque sería inminente, pero no pasó nada más. Las naves plateadas permanecieron silenciosas en las alturas, mientras que abajo se desmoronaba la sociedad. Hubo saqueos y asesinatos. Se emprendieron éxodos masivos de las ciudades. Se generalizaron los asaltos a granjas y el robo de ganado que se sacrificaba para alimentarse, así que los

granjeros empezaron a disparar a los intrusos. Los hombres se volvieron contra los hombres, y su rabia llegó al extremo de que a veces se olvidaban de la existencia de los alienígenas. Al cabo de sólo tres días, los ejércitos estaban disparando contra sus propios ciudadanos. Lo único que importaba era la supervivencia.

Entonces, al cuarto día, se restauró selectivamente la electricidad en nueve ciudades del mundo: Washington, Londres, Pekín, Nueva Delhi, Abuya, Moscú, Brasilia, Canberra y Berlín. Se envió una única palabra a todos los ordenadores de todos los despachos gubernamentales. La palabra era:

RÍNDANSE

Y la Tierra se rindió, claro, porque ¿qué otra cosa podía hacer?

Cuando los nuevos amos del planeta se dieron a conocer por fin, no se parecían en nada a lo que los habitantes de la Tierra hubieran imaginado, porque los ilyrios no se diferenciaban mucho de los propios humanos. Por su gracilidad y belleza recordaban a sus propias naves. Eran altos —el más bajo de ellos no medía menos de un metro ochenta—, de miembros levemente alargados, y su piel exhibía el más matizado de los tonos dorados. Algunos lucían melenas metalizadas y brillantes, mientras que otros mantenían sus perfectos cráneos lisos y rapados. Carecían de párpados, así que tenían los ojos siempre abiertos y una membrana clara les protegía las retinas. Cuando dormían, los iris de diferentes colores simplemente se cerraban sobre las pupilas, y los ojos, mientras descansaban, parecían unas vívidas y fantasmales canicas engastadas en sus delicados rasgos.

Los ilyrios se referían a lo sucedido como una «conquista tranquila». Deseaban evitar más derramamiento de sangre y restituyeron todos los servicios básicos y las comodidades materiales a los humanos. Sin embargo, mantuvieron inutilizables los sistemas de armas modernos. En un primer momento, prohibieron los vuelos comerciales. Cesaron las telecomunicaciones y, durante una temporada, internet dejó de funcionar. Hubo un periodo de ajuste que resultó

difícil, pero con el tiempo se reanudó algo que se parecía a la vida normal.

Los ilyrios estaban al tanto de las necesidades del planeta que habían colonizado porque su tecnología llevaba muchas décadas oculta en la Tierra, desde que las primeras señales de radio humanas fueron detectadas por sondas situadas en las bocas de los agujeros de gusano y se emprendió la primera infiltración sigilosa en el planeta. Grupos de diminutos robots ilyrios, la mayoría no más grandes que insectos, habían entrado en la atmósfera a finales de la década de 1950, camuflados en lluvias de meteoritos, y habían enviado detalles sobre la población, la atmósfera y el clima de la Tierra. Los ilyrios siguieron el desarrollo de las guerras y las hambrunas, observando lo mejor —y lo peor— que la raza humana podía ofrecer. Internet había supuesto una razón de más. Los nanobots se incrustaron en la red; no sólo eran capaces de transmitir a los drones la suma de todo el conocimiento acumulado de la humanidad, sino que pasaron a formar parte de la tecnología misma. A medida que la humanidad adoptaba internet y los ordenadores se integraban en su día a día, también daba la bienvenida involuntariamente a los ilyrios, les franqueaba la entrada a su vida y sembraba las semillas para su llegada.

Tras la conmoción inicial de la invasión, empezó la resistencia humana. Hubo tiroteos y atentados con bomba. Se secuestró y asesinó a ilyrios o se los retuvo como rehenes en una vana tentativa de forzarlos a retirarse del planeta. Los líderes del mundo se confabularon para resistir.

Como respuesta, a los habitantes de Roma se les dio un plazo de cuarenta y ocho horas para abandonar la ciudad, que seguidamente fue borrada del mapa con una inmensa explosión que esparció polvo y escombros por toda Europa occidental: un recordatorio de que los imperios de la Tierra ya no eran lo que habían sido antes de la llegada de los invasores. Más adelante, los ilyrios anunciaron que una décima parte de la población entre quince y veintidós años de todos los pueblos y ciudades sería llamada a filas para servir en las brigadas del Ejército ilyrio durante cinco años. En esencia, los jóvenes serían rehenes: toda familia de la que se reclutara a un miembro tenía la responsabilidad de informar sobre saboteado-

res o asumir las consecuencias. Si se producían actos de violencia contra los invasores, se informaba a los ciudadanos de que no volverían a ver a sus jóvenes. Era una estrategia para disponer de confidentes diseñada para sembrar la desconfianza y desactivar la colaboración entre quienes podrían desafiar el dominio ilyrio.

Pero los ilyrios también ofrecían esperanza. Erigieron grandes condensadores en climas áridos que transformaron los desiertos en campos de cultivo. Modificaron genéticamente frutas, cereales y verduras para que fueran más abundantes y resistentes a las plagas. Al cabo de dos años, el hambre había desaparecido prácticamente de la Tierra, así como muchas enfermedades contagiosas. La geoingeniería —el uso de reflectores gigantes para devolver la luz del sol al espacio antes de que alcanzara al planeta— puso fin al problema del calentamiento global, reduciendo las temperaturas de la Tierra a niveles que no se veían desde principios del siglo XIX.

Los ilyrios hicieron todo lo posible para mejorar la Tierra.

Y aun así los humanos nos combatían a cada paso...